

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: **IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO**

— XLIII —

ZAWADZKY C. ALFONSO. Sacerdote C. A. R. - (1886-) - **Las ciudades confederadas del Valle del Cauca en 1811.** Historia - Actas - Documentos - Edición sin mutilaciones - XIX - 318 págs. - 17½ x 26 ctms. Imprenta Bolivariana - Cali, 1943.

Fue el Padre Zawadzky uno de los publicistas más prolíferos de Colombia en este siglo. Sus escritos históricos, literarios y de divulgación religiosa formarían varios volúmenes. Dirigió en Cali la revista **Biblioteca y libros** y el periódico **Dios y patria**. Escribió amplios ensayos sobre los frailes caleños patriotas, los viajes misioneros de Fray Fernando de Jesús Larrea, la acción del clero en la guerra de la independencia, el crimen de Berruecos, acerca de Santa Ana de los Caballeros de Anserma, los recuerdos de la época del terror, y muchos estudios y artículos de divulgación periodística a propósito de Bolívar, quien fue una de las mayores predilecciones de su vida. Fue también orador académico y religioso, profesor de historia, capellán del ejército colombiano en el Putumayo y en el Amazonas, durante el conflicto colombo-peruano de 1932, y perteneció a las academias de Historia de Bogotá, Caracas, Quito, Buenos Aires, Pasto, Tunja, Cartagena, Cuenca, Guayaquil, La Habana, etc.

En realidad, este libro del padre Zawadzky, si bien ostenta en la portada como año de impresión, el de 1943, solo salió a la luz en el año siguiente pues por el colofón sabemos que se acabó de imprimir el 24 de marzo de 1944.

La edición de la obra fue, por parte de Zawadzky una como protesta o réplica por la publicación que la Academia Colombiana de Historia había impreso, en julio de 1943, con el mismo título, incorporándola como volumen LXVI de la Biblioteca de Historia Nacional, en la Editorial Voluntad, de Bogotá (VII - 235 págs.), con prólogo de Laureano García Ortiz.

La referida edición académica lleva en la contraportada esta advertencia, suscrita por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo: "El presente

libro, publicado por la Academia Colombiana de Historia, ha tenido como base la copia que de los documentos originales tomó el académico correspondiente, Dr. Alfonso Zawadzky, pertenecientes al Cabildo de Cali. En la edición nos hemos atendido rigurosamente a la mencionada copia". La obra está ilustrada con fotocopias de la portada del manuscrito original y facsímiles de diversas páginas.

La **Introducción** de García Ortiz a la edición académica referida, que es en realidad, un discurso del autor ante la municipalidad caleña, en agosto de 1925, contiene, sobria y concisamente detallada, una historia de las vicisitudes de los originales de los documentos que en el libro se publican, en la que se leen cosas tan interesantes como estas:

"Tales documentos, de los cuales extracta (D. José María Samper) opiniones y datos, eran de propiedad del benemérito historiador don José María Quijano Otero y hacían parte de su riquísima colección de libros y manuscritos. El señor Quijano Otero fue hombre de fortuna y dueño de extensas propiedades territoriales, ubicadas en cierta región de Cundinamarca, donde hoy se desarrollan importantes y prósperas empresas de industria y agricultura. Ese historiador erudito y desinteresado, poco dedicado al manejo de dineros y mucho a la adquisición de libros, fue viendo poco a poco disminuir su fortuna y acrecentar su biblioteca, al propio tiempo que sus pacientes investigaciones en nuestros archivos nacionales y en los de España, le procuraron a Colombia títulos ciertos y auténticos para la defensa y conservación del territorio patrio. No pudo o no supo conservar y defender sus tierras propias, legado de sus abuelos; pero sí supo buscar y encontrar las escrituras de la heredad colombiana. La patria no pudo o no supo, tampoco, recompensarlo en la medida de sus servicios, y cuando ocurrió su fallecimiento y se abrió su causa mortuoria, sus bienes no alcanzaron a cubrir sus deudas, y algunos acreedores de la sucesión recibieron lotes de libros en parte de pago...". (Págs. V-VI).

Y refiere luego, García Ortiz al detalle, cómo un rico agricultor, don Paulino Franco, acreedor de Quijano Otero, hubo de recibir del juzgado, a título de pago de sus acreencias, un lote de libros de la Biblioteca de Quijano Otero, en el cual figuraban los documentos originales relativos a las ciudades confederadas del Valle del Cauca, en 1811.

"Por compra —sigue narrando García Ortiz— pasó ese volumen del señor Franco a mis manos, y meditando yo que este libro único no debe correr de nuevo las vicisitudes de las bibliotecas particulares, y que, en verdad, constituye la fe de bautismo en la República de esta noble y próspera ciudad, os lo traigo como ofrenda cariñosa y filial de un colombiano que no sabe amar a su Patria sino en toda su integridad, pues para él la Patria es como la hostia eucarística para los cristianos: en cada partícula de la sagrada forma se halla la persona entera del Divino Maestro; asimismo, para quien os habla, en cada una de nuestras poblaciones, parte integrante de nuestro territorio, se encuentra el alma íntegra e indivisa de Colombia...". (P. VI).

Nada pidió García Ortiz a cambio de esta ofrenda, o gallarda restitución del aludido tesoro documental del Cabildo de Cali, nada distinto de

su deseo de que se custodiase ese volumen por el benemérito Centro de Historia Vallecaucano, y que se imprimiese bajo su dirección y cuidado, y, realizado esto último, le regalasen un ejemplar impreso con las firmas de los ediles.

Desde el día de la entrega de los documentos de que aquí se habla al Cabildo de Cali, transcurrieron muchos años sin que la anhelada edición de ellos se hubiera realizado. Que las autoridades que pudieran propiciarlas suelen ser entre nosotros ciegas y sordas a esta clase de solicitudes de la cultura. Hasta que pensó García Ortiz si sería del caso exigir del cabildo caleño la devolución de los manuscritos. Y cuenta que, estando en esos designios, "los buenos oficios de la Academia Nacional de Historia, puestos en juego por el conducto honorable y bien inspirado del erudito D. Manuel María Buenaventura, obtuvieron por compra y pago en dinero, una copia que algún particular había hecho tomar de estos valiosos manuscritos, extraviados por largo tiempo de su legítimo destino, con el claro propósito de ocultar su origen y de aprovecharlos para trabajos personales...". (P. VII).

La **Introducción**, de la que se han transcrito los anteriores fragmentos, correspondiente, como ya se dijo, a un discurso de agosto de 1925, está fechada, en el libro, el 5 de junio de 1943.

Fuera de las breves páginas en las que García Ortiz relata la curiosa odisea de estos documentos, nada diferente de su texto se encuentra en este volumen LXVI de la Biblioteca de Historia Nacional.

La edición académica referida comprende en total la transcripción de 152 actas y comunicaciones, más 9 documentos propiamente dichos.

Comienza el libro con el acta de instalación de la Junta Provisional de Gobierno de las seis ciudades confederadas del Valle del Cauca en Cali, a 1º de febrero de 1811 y termina con el bando del gobernador de Popayán, don Miguel Tacón, y Rosique, sobre las cortes extraordinarias, difundido el 10 de febrero de 1811. Entre uno y otro documento se transcriben algunos tan importantes como las sucesivas actas de las ciudades confederadas, y comunicaciones del mayor interés suscritas o destinadas a personajes tan señalados como el coronel Antonio Baraya, don José Sebastián Moreno, don Joaquín de Caicedo y Cuero, don Tomás de Santacruz, don Miguel Tacón, don Miguel Santiago Vallecilla, don José Acevedo Gómez, don Mariano Hormaza y Matute, el padre José Joaquín Escobar, don Ignacio Piedrahita, don Antonio y don Francisco José Arboleda, don Manuel Bernardo Alvarez, don Crisanto Valenzuela, don Juan Francisco de Saa, y otros varones eminentes de los albores de la emancipación granadina.

Por lo que el referido volumen únicamente puede clasificarse como recopilación documental, sin comentario a fondo de ninguna especie acerca de las piezas que contiene.

La Academia Colombiana de Historia, pues, en el volumen LXVI de su biblioteca, no publicó la introducción que a propósito de los documentos que informan ese libro había escrito, en 13 densos capítulos, el padre Zawadzky. Tal introducción la editó la Academia en folleto aparte, al parecer sin autorización del autor para hacerlo de esa manera.

Las circunstancias anteriormente narradas produjeron en el ánimo del padre Zawadzky profunda contrariedad, que él se apresuró a exteriorizar en carta dirigida al presidente de la Academia Nacional de Historia, el 5 de agosto de 1943, y que aparece en las páginas XI y siguientes del libro que motiva estos comentarios. Y también en carta de la misma fecha, al doctor Cortázar, secretario de aquella respetable entidad.

Una y otra son la expresión de un sentimiento herido en lo más hondo, la manifestación de la incorformidad y la protesta contra un hecho que al padre Zawadzky reputaba no solo injusto sin también a modo de sangrienta burla gratuitamente irrogada, con profundo menosprecio.

Para el autor de la **Introducción** al volumen académico tiene palabras de amargo reproche: “Lo grave de esa introducción —dice— es la mentira, la calumnia y la conseja mítica... Ha habido de parte de ustedes infinita pequeñez y de parte del doctor Laureano García Ortiz una olímpica pretensión de sublime megalómano al pretender que los documentos que él restituyó al legítimo dueño, nadie podía estudiarlos, consultarlos, pero ni siquiera verlos, olerlos o palparlos, aunque fuera por encimita del basto cuero que les sirve de pasta, cuero curtido por algún antepasado de Quijano Otero, quien aparece en la novela casi bucólica que le dedica el pontífice del monopolio de la historia, pues casi fulmina excomunión contra los devotos de Clio e inventa una nueva forma de delito, el de los **trabajos personales**, lo que demuestra cómo quisiera él que todos fuéramos impersonales...”. (Págs. XVI-XVII).

García Ortiz dice, en efecto, que los valiosos manuscritos que publicó la Academia en el tomo LXVI de su biblioteca, estuvieron “extraviados largo tiempo de su legítimo destino, con el claro propósito de ocultar su origen y de aprovecharlos para trabajos personales”, como arriba se transcribió. A lo cual contesta Zawadzky, victoriosamente a nuestro parecer, vindicándose completamente de la innominada acusación, que sin duda alguna a él iba dirigida. Tales documentos no estuvieron ocultos en ningún momento. Desde el día de su donación o restitución al Cabildo de Cali, por parte del doctor García Ortiz, permanecieron, en lugar visible de la Biblioteca del Centenario, de Cali, al servicio de quien quisiera consultarlos. Solo que, como advierte Zawadzky, “el hecho escueto y duro y doloroso, es, que durante los 18 años que tienen los documentos en su vivienda de Cali, nadie, nadie, ni doctor, ni académico, ni sabio, ni palmípedo alguno, se llegaron a consultar esos papeles y a la hora en que salen impresos, colocan ustedes un insulto a quien hizo la labor, y ni siquiera anuncian quién les envió los clisés ni dicen nada de las fotografías. ¿Por qué? Ustedes están acostumbrados a hacer y deshacer las cosas y lo tratan a uno como a niño o como a miserando pupilo... Yo sé que soy una invisible unidad, pero no quiero ser tratado como anónimo...”.

Pero no se contenta el padre Zawadzky con esas simples manifestaciones: protesta y anuncia la publicación del libro que sustituya la edición académica:

“Elevo mi voz mientras aparece por la prensa la vindicación de este asunto y circula la verdadera edición del libro completo, tal cual yo lo había compuesto y con la historia de esta deslealtad adobada con las con-

sejas míticas del doctor Laureano García Ortiz... Lamento lo grave de este incidente, porque a mí se me ha causado un desaire y se ha jugado con mi persona, siendo como soy un hombre grave y severo que merezco respeto, así como yo siempre he respetado a los demás. La palabra de un convenio entre hombres, vale tanto como una escritura en notaría, o como un juramento promisorio. Como el lema de la Academia es *Veritas ante omnia*, yo, por esa verdad, elevo mi voz y presento la claridad de mi pensamiento y la dignidad de mi conciencia...". (Págs. XVII-XVIII).

En la carta al presidente de la Academia, el padre Zawadzky demuestra plenamente a nuestro entender, la paternidad de la investigación por él realizada sobre las fuentes documentales de que aquí se habla, todas las cuales fueron por él copiadas personalmente, para una obra preparada por el publicista vallecaucano para ser presentada, como se presentó, al Congreso Nacional de Historia, reunido en Cartagena, en diciembre de 1933.

Y en la prefación que a manera de prólogo escribió para su libro, Zawadzky sintetiza con vehemencia la historia y las vicisitudes que aquel pasó hasta verse en letras de molde, en manos del lector:

La importancia del documento escrito y los incontables percances por los que pasó el tesoro documental colombiano, a partir de los días iniciales de la revolución, y particularmente en la sangrienta época de la reconquista española, a los cuales no escapó el legajo de actas de la Junta de Gobierno de las Ciudades Confederadas del Valle del Cauca en 1811, con su salida del archivo oficial y su peregrinaje de mano en mano: don Paulino Franco, Quijano Otero, García Ortiz. Y su donación o restitución, por parte del último, con su discurso en el Cabildo de Cali, "y el que pronunció el presidente del Cabildo, en cuyo texto se habla de la donación que haceis, expresión que subrayo y destaco, porque tiene trascendencia en las razones que motivan esta edición mía en contra de una edición desfigurada y mutila que hizo de mi libro la Academia Nacional de Historia, precedido, el libro, de una introducción del mencionado García Ortiz, en que, a vuelta de repetir lo que acabo de narrar dice palabras sosas y sin decoro, porque ofende a la verdad y porque se usurpa un derecho y una propiedad que no le pertenecen...". (Pág. III).

Rememora luego el autor las dificultades, intrigas e incomprensiones que determinaron el que ni el Cabildo de Cali, ni el Centro Vallecaucano de Historia, ni la Gobernación del Valle hubiesen realizado la impresión del documental relativo a las ciudades confederadas en 1811. Y, por último, la gestión de don Manuel María Buenaventura, en nombre de la Academia Nacional de Historia, para que Zawadzky accediera a enviar los originales de su libro, por lo que se le reconocerían cien pesos, por el trabajo material del mecanógrafo que lo copió, y unos cuantos ejemplares de la edición que la entidad realizaría.

Y añade: "No poca fue mi sorpresa, cuando, pasadas algunas semanas, recibí, como actual Presidente del Centro Vallecaucano de Historia y Antigüedades, una nota del mencionado señor Secretario de la Academia Nacional de Historia, por medio de la cual se me comunicaba que la Academia había resuelto editar los documentos separadamente de la introducción que yo había escrito, y, que en cambio, aparecería el libro con una intro-

ducción del doctor Laureano García Ortiz, a última hora sugestionado con la idea de que los documentos los cedió al Centro de Historia con la explícita condición de que, pasado un lapso prudencial, podría en cierta manera readueñarse del mamotreto con que obsequió al Cabildo caleño. Yo puse al señor Buenaventura una carta sobre este incidente y envié otra al Secretario de la Academia, para significarle mi inconformidad. A pesar de todo, la Academia procedió como lo había convenido y entregó el libro a los doctores Luis Augusto Cuervo y Roberto Cortázar para que procedieran a hacer la edición. Salió el libro y como si ellos fueran los dueños de la propiedad literaria y como si García Ortiz lo hubiera compuesto, titulado y arreglado, muy campante salió con una introducción en que aparece de cuerpo entero el incurable antiboliviano de marras...". (Págs. VI-VII).

Transcribe Zawadzky fragmentos de la **Introducción** de García Ortiz al volumen LXVI de la Biblioteca de Historia Nacional, y los comenta, no sin acritud, como en estos pasajes:

"Yo no **hice tomar copia** de los documentos. Fueron mis ojos los lectores y fueron mis manos los escribanos. Si llamé un día en auxilio de mi tarea, por la urgencia de los minutos de irme al Congreso Hispano-Americano de Historia, hube de pagar caro mi confianza por la ignorancia del mecanógrafo, a quien dictaba yo, en horas del día, para consagrarme de noche a la dura tarea de copiar tantos papeles... No hubo extravío del destino de los documentos, ni por largo ni por corto tiempo. El **único tiempo** de extravío de esos papeles fue todo el lapso que estuvieron en poder del doctor García Ortiz, quien tuvo ocios y tuvo dinero para haberle dado a la Patria un libro medular y una obra de brillo y gracia. No venga, a las de últimas, con histerias fáciles para conmover a los almidonados infinitos de que habla el sagrado libro... La otra frasesita asexuada y de **aprovecharlos para trabajos personales** no merece reparo, glosa ni censura mayor, porque esa es frase de un hombre que debe haber olvidado simples nociones de psicología y de ética... Medrado estaría yo si no rechazara la innoble forma de expresarse este académico de las imposturas. No, señor García Ortiz, usted se ha equivocado de medio a medio y miente por la mitad de la barba en su miseranda afirmación que he transcrito... Usted no sabe lo que dice...". (*Ibidem*).

Y luego de referirse Zawadzky a los estudios que había realizado, para probar de esa manera su vocación por la historia, expresa: "Si los ojos anublados de García Ortiz me hubieran visto, entonces, antes, y en 1933, nunca hubiera o habría dicho la sandez y la ridícula frase que estampó en su introducción improcedente. Yo no necesito obrar como obran los que tienen ancestros en la noche oscura que sufrió la libertad en aciagos momentos de la Patria. Como cualquier hombre libre, corrí a las fuentes de los documentos que revelan cómo fue la actuación de las ciudades confederadas del Valle, en 1811, contra la astucia del Gobernador Miguel Tacón y Rosique...". (*Ib.*).

Y concluye: "Levanto, pues, mi voz vibrante, porque nunca acostumbré usar el **sotto voce** cuando se ha intentado vulnerar mi decoro humano de escritor sin sueldo ni prebenda. Esta que digo es la verdad y no me voy por los caminos vedados de la farsa, para decir lo que no debe decir-

se... Yo soy hijo de una tierra que llamea y que es inundación de luz. Soy rebelde por lógica de mi razón humana, porque se ha querido, en prolijos intentos, obligármeme a que renuncie a mi razón!...”.

Y tiene también, en medio de todo, desahogos de orgullo herido, que bien pueden empero, perdonársele:

“Ahora sale esta edición, si he de valerme de pecaminosas palabras del soñado reconquistador de los documentos a **ENDEREZAR un extraño e inconfesable entuerto...** Pero, sale digna y sin mancillas. Tal cual yo la preparé. El mamotreto original no es más que legajos cosidos sin orden, sin títulos, sin paginaciones, repetidos muchos documentos. Mide ese libro empastado en piel: 22 x 33 cms. Hay documentos incompletos, hay documentos mal colocados, hay legajos de foliatura seguida, como el que contiene un oficio del Cabildo de Popayán, en 45 folios, independiente de anteriores y posteriores, fechado el 24 de diciembre de 1810 y la respuesta del Cabildo de Buga, de 31 de diciembre del mismo año... Hice obra buena. Por mi cuenta. Hubo empeños bastardos en lograr lo que se logró. La Academia pecó para acompañar en su pecado feo a García Ortiz, pecado sin olor, sin sabor, sin color! No fueron capaces los encargados de revisar las pruebas y de titular páginas, de hacer un reconocimiento explícito, amoroso, leal. Se contentaron con una notilla invisible. Ni siquiera anunciaron la procedencia de los gráficos. Les dolía, porque se habían sometido al tiranuelo que **no quería decir más, pero no podía decir menos...** hitlerianos en miniatura. Hubo, pues, un poco de pequeñez y de abuso. La edición que aparece como volumen LXVI de la Biblioteca de Historia Nacional, es una edición corsaria, mítica, descabezada, publicada contra una verdad y sin cumplir la ley de un decoro. La Academia sabe que yo soy su socio y que si alguna cosa me ha preocupado desde el año 1915, cuando me abrió sus puertas, es hacer vivo, válido y eficaz mi título de académico. Y no ha pasado un solo año, desde entonces, sin que yo no honre las tareas de estudio de la historia colombiana con la pluma y en la tribuna pública y en las cátedras de enseñanza. Esto merece respeto, porque es dignidad y porque es grandeza moral. Lo sucedido es consecuencia de ciertas oligarquías que se producen en todas las corporaciones colegiadas...”. (Págs. IX-X). Las transcripciones anteriores corresponden al prólogo de esta obra, suscrito en Cali en agosto de 1943.

No es todo. Frente al comentario doctrinal de Zawadzky, que antecede al grupo documental del libro, el comentarista estampó un corto **Preambulillo** de explosivos alcances, de esta guisa: “Los capítulos que componen esta Introducción fueron publicados por la Academia Nacional de Historia según ya dije atrás, en folleto separado, dejando así, la cabeza del libro en un sitio, y el mutilado cuerpo, tendido en otro. Para no hacer milagros en papel impreso y para no impedir que en los futuros tiempos los bibliógrafos sepan lo sucedido, aparece esta edición en su verdadera integridad y armonía, en la fisonomía en que su autor la plasmó. La edición introducida por el doctor Laureano García Ortiz bien merece el nombre de espuria, porque está contrahecha, y aparece como hija bastarda, siendo muy legítima, de muy buen padre y de fidelísima madre. Sea, así, la verdad ante **todas las cosas**, porque a un hijo no se engendra dos veces ni simultánea ni sucesivamente. Mi libro fue de mi generación intelectual y de mi amor

apasionado a la cultura. Imposible permitir que aparezca como hijo de Laureano García Ortiz en la Academia Nacional de Historia. ¡Jamás!...". (Pág. 1).

Contiene también el libro del padre Zawadzky una copiosa referencia de fuentes documentales y de bibliografía, una amplia introducción y XIII capítulos en los que se analiza todo el proceso de la emancipación cumplido en las ciudades confederadas del Valle del Cauca en 1811.

En los volúmenes 29 y 30 del **Boletín de Historia y Antigüedades**, órgano de la Academia Colombiana de Historia, puede seguirse el desarrollo cumplido para la edición del tomo LXVI de la Biblioteca de Historia Nacional, origen y motivo de esta enconada entre Zawadzky y García Ortiz y la Academia.

La primera referencia al respecto aparece en el número 338 del boletín, en donde se lee: "Se reiteró al correspondiente Buenaventura la facultad que le ha dado la Academia de arreglar en Cali lo concerniente a la publicación del libro **Las ciudades libres del Cauca**, (sic), que obsequió al Cabildo el doctor Laureano García Ortiz. El señor Buenaventura ofreció remitir un libro de recortes sobre la historia que perteneció a Gustavo Arboleda...". (Pág. 1110).

En el número 349, Vol. XXX, se lee: "Ha publicado la Academia... la edición del volumen 66, que lleva por título: **Las ciudades confederadas del Valle del Cauca en 1811**. Los originales de esta obra anduvieron por largos años fuera del Cabildo de Cali, su natural y propia residencia, y habiendo venido a poder del doctor Laureano García Ortiz por compra que hizo a quien los poseía como dueño de buena fe, no tuvo inconveniente en obsequiarlos al Concejo de Cali, con la única condición de que se publicaran, lo cual demoró varios años, hasta que la Academia acometió la labor de que ahora se da cuenta...". (Pág. 1032).

Incidentalmente toca con la edición académica esta noticia que se consigna en el acta de la sesión de 15 de julio de 1943: "Don Manuel M. Buenaventura envía varias fotografías de algunas ciudades del Valle del Cauca, con la mira de ilustrar el libro de **Las ciudades confederadas del Valle del Cauca en 1811...**". (Vol. XXX. Pág. 800).

Es bueno saber que la edición académica no apareció con tales ilustraciones de las ciudades vallecaucanas.

En el acta de la sesión del 1º de abril, se había hecho constar "que habían llegado las copias del libro **Las ciudades confederadas del Valle del Cauca en 1811**, remitidas por mediación del correspondiente Buenaventura, a quien se remitió ya el valor de las copias para que lo entregue al interesado. La Academia dispuso publicar esta obra en volumen de la Biblioteca de Historia Nacional, con prólogo o introducción del doctor Laureano García Ortiz y bajo la inmediata dirección de los académicos Cuervo y Cortázar...". (Ib. Pág. 528).

Para mediados del mismo abril, "se dio cuenta de que se había iniciado la publicación del volumen 66 de la Biblioteca de Historia Nacional con el libro **Ciudades confederadas del Valle del Cauca en 1811...**". (P. 713).

En la sesión académica del 1º de junio “el doctor García Ortiz refirió la odisea del libro... y expresó su opinión de que los documentos que constituyen dicha obra se publiquen sin aditamentos ni comentarios de ninguna clase. Se convino en definir este asunto en la próxima sesión...”. (Ib. P. 715).

Para mediados de junio ya se había tomado una determinación precisa en la Academia sobre este particular. El secretario consigna: “Se aprobó la siguiente moción: “El comentario de carácter histórico, escrito por el académico correspondiente presbítero Alfonso Zawadzky, en relación con los documentos que edita actualmente la Academia sobre las **Ciudades confederadas del Valle del Cauca en 1811**, debe publicarse en folleto, aparte de la obra documental de la Academia, y en igual número de ejemplares...”. (Ib. P. 716).

En realidad, no alcanzamos a penetrar en las razones y conveniencias de esta medida, que no tiene a su favor ni la exigüidad del volumen, que apenas alcanza a las 235 páginas. No conocemos el folleto del comentario de Zawadzky que la Academia dispuso publicar, en la proposición precitada, aún sospechamos que jamás se imprimió, pues no figura en la lista oficial más reciente de dichas publicaciones académicas.

La obra del padre Zawadzky que hemos comentado en este capítulo, circuló copiosamente en el Valle del Cauca, pero muy poco en el resto del país. Contiene algunos documentos nuevos, que la edición académica no ostenta, entre otros, los que aquí figuran con los números XVIII, XXIX y otros que siguen al CXXXIX. Y está adornada también con diversas ilustraciones.